CHIM

ENTRE UN MILLÓN DE ESTRELLAS



Una apasionante búsqueda contrarreloj por toda la galaxia

Снім

Entre un millón de estrellas

© Chim, 2022 © Editorial Planeta, S. A., 2022 Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A. Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona www.mrediciones.es www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño Ilustraciones de cubierta: © Alejandro Burdisio Fotografía de contraportada: cortesía del autor

ISBN: 978-84-270-4736-5 Depósito legal: B. 19.404-2021 Preimpresión: Safekat, S. L. Impresión: Huertas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www. conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO 1

Lewis nunca había visto una estrella fugaz.

Todo el mundo en Acroya había tenido la oportunidad de observar una en algún momento de su vida, quizá de rebote, justo cuando había pegado un vistazo rápido al cielo.

Todo el mundo, menos él.

La noche en la que Lewis cazó una estrella, no era la noche más bonita, ni la más brillante. No podía considerarse noche como tal, pues la luz rojiza del ocaso aún iluminaba débilmente la parte oeste del cielo. Contrastando con el color azul oscuro, las tres lunas que tenía aquel planeta comenzaban a robar la atención del paisaje, como las protagonistas de una obra de teatro que acaban de aparecer en escena. Tras ellas, comenzaban a distinguirse varios lunares blancos, algunos débiles, otros más brillantes que, tímidos, se escondían intermitentemente entre los nubarrones que comenzaban a cubrir el cielo nocturno. No era la noche más bonita, ni tampoco la más brillante, pero Lewis no la olvidaría en el resto de su vida.

El chico observaba el anochecer sentado en una roca. Había decidido darse un descanso y aún tenía las manos manchadas del motor que estaba intentando encender. A lo largo del día, su cara también se había ensuciado con manchas de hollín, tintando de negro su piel pálida. Su pelo era rubio y rizado, aunque en aquel momento estaba alborotado y sucio por haberse pasado las manos incontables veces por él durante todo el día. Casi como un turbante e impidiendo que su flequillo le cubriese la frente, tenía unas gafas con una forma muy peculiar. Se las ponía cuando trasteaba con la maquinaria y sus cristales eran más parecidos a la escotilla de un barco que a unas lentes normales. El marco era de bronce y los cristales solían ser transparentes. Solían serlo pero, en ese momento, estaban también algo sucios. No lo suficiente como para no poder ver a través de ellos, pero sí lo bastante como para que fuese molesto. La suciedad de sus manos se había esparcido por toda su ropa. Lo cierto era que había comenzado la mañana poniéndose los guantes, pero se sentía tan inútil con ellos que, en algún indeterminado momento del día había dejado de llevarlos. Las palmas de sus manos eran completamente negras, sus dedos estaban endurecidos y desprendían un fuerte olor a diésel, pero no le importaba. Tenía

pensado continuar con aquello durante la noche, así que consideraba inútil lavárselas para volver a manchárselas de nuevo.

Estaba inquieto.

Con la agitación que despierta un acertijo que no eres capaz de descifrar. Pero, últimamente, su acertijo tenía motor, propulsores y un chasis parecido al de una motocicleta.

Desde que la había encontrado hecha pedazos en una de sus excursiones privadas a la ciudad, no había parado de trastear con ella. Le había puesto un manillar nuevo, le había cambiado las bujías, pero lo que estaba suponiendo un verdadero reto para él era conseguir que los propulsores de las ruedas consiguieran hacer que la moto levitase y pudiese transportarle por todos lados.

Era una *Bultaco Chispa del 74*, una de las primeras propulsadas, y Lewis estaba ansioso por montar en ella, pero se le estaba resistiendo. Nunca había reparado un vehículo propulsado. Lo habitual en él era buscar retales de chatarra de todo tipo, unirlos con sus modestos conocimientos de ingeniería y encontrarles un uso. Había inventado cientos de cosas que servían, en la mayoría de los casos, para decorar la pequeña cabaña que sus padres le habían dejado a las afueras del pueblo y que él había convertido en su propio taller.

Quizá la independencia que le otorgaba vivir solo podría haber sido envidiada por cualquier otro chico de dieciséis años, pero aquella libertad de algún modo le tenía retenido ahí.

No era culpa de nadie. Ni siquiera suya.

Su padre siempre le había dicho que la vida consistía en tomar decisiones y, en cierto modo, la decisión de Lewis había sido vivir en aquel planeta apartado del resto del mundo.

Era feliz así... En cierto modo lo era.

Dedicaba sus días a perfeccionar los cachivaches que construía y, aunque le encantaba pasarse la tarde libre trasteando entre máquinas y artilugios, a veces necesitaba pasear durante un par de horas para despejarse.

Cuando comenzaba a anochecer, en cambio, solía salir a cazar estrellas. Buscar entre las constelaciones las estrellas que fuesen más especiales, las que brillasen más... o las que brillasen menos. Se imaginaba cómo serían los planetas que rodearían aquellas estrellas o en qué lugar de la galaxia se encontrarían sus padres ahora.

Qué estarían viendo, en qué estarían pensando.

A veces, incluso reflexionaba demasiado. Perdía horas de sueño pensando en las cosas que podrían sucederle si se marchase. Observaba el infinito universo que se le escapaba de las manos y se preguntaba si habría hecho lo correcto.

La noche en la que Lewis cazó una estrella fugaz ni siquiera era una de esas noches. En lugar de reflexionar profundamente sobre el camino co-

rrecto de su vida, tenía la mente ocupada en el *efecto Meissner* de los propulsores. Como siempre, se había sentado en una enorme roca, al filo de un precipicio situado al suroeste, que marcaba el límite del terreno de su familia. Una ligera brisa marina despeinaba aún más su cabello. Delante de él, había una caída de más de cien metros que daba al mar.

Era un acantilado gigantesco.

Un inmenso océano se alzaba frente a él y Lewis sabía que más allá del último punto más lejano del horizonte había agua y más agua. Kilómetros y kilómetros de océano infinito.

Acroya, de hecho, era uno de los planetas habitados con más superficie oceánica de la galaxia y a Lewis aquello le hastiaba profundamente. Si bien Acroya tenía una fauna y unos paisajes espectaculares, últimamente aquel planeta se le hacía demasiado... tranquilo. Nada interrumpía la paz, todo era rutinario y monótono. Y, aunque Lewis había salido de aquel sitio pocas veces, la sensación de atravesar la atmósfera y sentir que el espacio tragaba completamente su nave aún le erizaba la piel. De hecho, llevaba meses intentando arreglar la *Bultaco* por ese mismo motivo: era su opción de escape más tangible. Aunque, de momento, poco la diferenciaba del mismo trozo de chatarra que se había encontrado en la calle.

Lewis dio un largo suspiro mientras fijaba la mirada en el cielo, ya casi oscuro en su totalidad, que le envolvía. Había tanto mundo ahí fuera esperando a ser descubierto. Había tantas, que podría pasarse la noche contando una a una todo ese centenar de estrellas que estaban ahí esperándole, quietas.

Todas menos una.

Había un punto diminuto, al este, que comenzaba a lucir con un brillo peculiar y muy inestable. Empezaba a desprender una luz inquieta y resplandeciente.

Lewis abrió los ojos como platos.

Siempre le habían descrito que las perseidas eran fugaces y que se podían disfrutar únicamente durante varios segundos pero esta, lejos de ser fugaz, se hacía más y más grande.

No pudo pronunciar ni una leve palabra porque su voz estaba quebrada.

En segundos, la estrella había crecido tanto en tamaño, que Lewis se vio obligado a apartar la mirada completamente deslumbrado. Casi parecía que se acercaba hacia donde estaba él.

Casi lo parecía, porque casi lo hacía.

Descendía con un destello cegador.

La estrella fugaz resquebrajó la bóveda celeste; era tan luminosa y armaba tanto escándalo que el muchacho se vio obligado a cubrirse las orejas.

Cayó al suelo de espaldas en el mismo momento en que la estrella chocaba contra la tierra.

Fue un estruendo seco.

Y había sonado tan cercano que sentía que podría haberle aplastado.

El corazón de Lewis latía con tanta fuerza que casi no le dejaba respirar. Tardó medio minuto en recomponerse. La estela que había dejado la estrella aún partía el cielo cuando el muchacho se levantó del suelo. Estaba terriblemente asustado, pero la curiosidad y la adrenalina eran el carburante perfecto para hacerle echar a correr.

Quería ver la estrella fugaz con sus propios ojos.

El denso humo y el polvo que había levantado el cuerpo celeste le guiaron. Había hecho un surco de sesenta metros en aquel terreno. Lewis tuvo que apretar los ojos para ver a través del humo y pronto descubrió que lo que yacía en el centro del cráter estaba lejos de ser una estrella.

Ni siquiera era un meteorito.

Era una nave.

No una especialmente grande, quizá como la mitad de su cabaña, más o menos. A medida que el polvo se diluía, el muchacho pudo observar que la nave incrustada en la tierra tenía forma de bala. No era especialmente alargada, pero sus laterales eran lo suficientemente ovalados como para darle aquel aspecto tan peculiar. La luz de las tres lunas iluminó el color azul eléctrico que cubría la nave, pero también sus trazos de color rojo. Era como si hubiera perdido piezas por el camino y hubiesen sido corregidas por la misma maquinaria, pero de un color más rojizo. Sin lugar a dudas, el detalle más representativo de aquella nave era el grabado que tenía en su parte derecha: un rayo completamente simétrico y profundamente rojo.

Un crujido resquebrajó el silencio.

Lewis sintió que todo su cuerpo se ponía en alerta.

Una de las puertas de aquel artefacto comenzó a abrirse y el hecho de romper el silencio de nuevo provocó que Lewis diese un respingo.

Una mano empujó la puerta de forma algo torpe y de ella salió un muchacho.

Andaba con dificultad y Lewis pudo reconocer al instante por qué lo hacía.

Estaba malherido.

El muchacho miró hacia los lados con la mirada algo perdida y, al girar la cabeza, Lewis pudo distinguir un ligero río de sangre que caía cerca de su oreja. El muchacho estaba balbuceando algo inentendible.

El pánico creció dentro de él.

El chico acababa de tener un accidente y no había nadie en kilómetros a la redonda de aquel sitio que pudiese auxiliarle.

Reunió todo el valor del que fue capaz y, sin pensárselo demasiado, se adentró con un pequeño salto en aquel cráter que acababa de crear la nave.

Se acercó al muchacho con cuidado y, casi sin tener tiempo para pensarlo, agarró al chico y se lo echó a los hombros. Intentó escalar el cráter que la nave había hecho, pero no lo consiguió.

Eso no le detuvo.

Volvió a intentarlo. La adrenalina le hacía sacar a relucir una fuerza que ni él mismo pensaba que tuviera. Al segundo intento, ambos chicos cayeron al suelo de tierra que rodeaba al cráter.

Había conseguido sacarle de ahí.

Lewis estaba aún recuperando el aliento cuando el chico de la nave volvió a balbucear palabras que, aparentemente, no tenían sentido. No hablaba en un tono de voz normal, prácticamente las susurraba, como si estuviese sonámbulo.

Lewis se incorporó recuperando el aliento. Todo había sucedido muy rápido y la situación comenzaba a desbordarle.

Apretó los puños.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó al misterioso chico que permanecía tumbado ante él.

Al principio el muchacho no contestó y, cuando Lewis estaba a punto de perder toda la esperanza en que ese chico entendiese su idioma, abrió los ojos levemente.

—Axel —contestó, y su voz sonó pastosa y cargada de un tono casi delirante. El mismo tono de voz que tendría una persona adormilada por la fiebre.

Antes de que Lewis pudiese preguntarle algo más, el chico intentó incorporarse. Soltó varios quejidos y terminó rindiéndose.

—No puedo parar ahora —dijo y su voz sonó cansada—. La estrella. Tengo que llegar el primero a la estrella.

Lewis frunció el ceño sin comprender nada.

—¿Qué estrella? —preguntó, y sus palabras salieron de su boca casi sin pensarlas.

El muchacho detuvo su balbuceo cuando escuchó la pregunta de Lewis. Tenía los ojos entrecerrados y Lewis pensó que, si no acabase de salir de una nave espacial accidentada, habría jurado que estaba sonámbulo.

—La Estrella Parpadeante —afirmó casi balbuceando.

Lewis permaneció congelado a su lado.

—La única estrella capaz de cumplir mi deseo.

CAPÍTULO 2

Axel no creía en las casualidades.

Incluso ahí, apoyado en el respaldo de la cama, con su cuerpo envuelto en vendajes y con un aspecto dantesco, pensaba que todo tenía una razón de ser.

Aquel chico, Lewis, se había mostrado especialmente servicial.

Incluso sabiendo que El Rayo había hecho un cráter en medio de una de las cosechas de su planeta, le había curado las heridas y dejado descansar en la alborotada cama que tenía en su cabaña.

Había guardado con esmero todo lo relacionado con la Estrella Parpadeante durante todo su viaje pero, después del accidente, su inconsciente le había jugado una mala pasada. Había imaginado la situación de tener que contarle a alguien más información de la cuenta, pero no esperaba hacerlo tan pronto. Sin embargo, algo extraño ocurrió.

Cuando los ojos de Lewis le pidieron más información sobre «la única estrella capaz de cumplir su deseo», no se sintió forzado a contarlo. Axel no creía en las casualidades y el hecho de que hubiese aterrizado en aquel lugar de Acroya en vez de en cualquier otro, tenía que tener una razón tangible.

—Que sepas que te lo cuento solo porque me ayudaste —dijo Axel—. Y, además, no pienso contártelo todo.

Sin la camiseta podía verse una venda que le recorría desde el hombro izquierdo hasta la cintura. Otra cubría su mano derecha y la más alarmante de todas ellas le rodeaba la cabeza. Tenía aspecto de haber sobrevivido por los pelos a una guerra interplanetaria. Lewis había utilizado sus reducidísimos conocimientos de enfermería para atender al chico mientras estaba inconsciente y estos consistían en cubrir todas las heridas con vendas. Todas. Por pequeñas que pudiesen ser.

Visto desde fuera, Axel aparentaba peor aspecto del que tenía realmente. Desde luego Lewis no era el mejor médico de todo Acroya.

Los rayos del sol de la mañana entraban por el tragaluz del techo e iluminaban parcialmente la cabaña donde vivía Lewis. Pero la cara del chico ya estaba lo suficientemente iluminada. La curiosidad chispeaba dentro de sus ojos verdes. Tenía frente a él lo más interesante que había pasado en Acroya en la última década y estaba a punto de comprender muchísimas cosas.

Axel suspiró.

—Mi padre siempre decía que todas las buenas historias comienzan con una mala decisión —empezó el chico.

Hablaba sin otorgar a su voz ningún aire dramático. De hecho, hacía largas pausas pensando con prudencia cuál era la mejor forma de contar lo que venía después. Eso aportaba un halo de sinceridad a su relato apabullante.

- —Lo primero que quiero que sepas es que no soy un criminal —dijo con el ceño fruncido, algo avergonzado y sin poder mirar al otro muchacho a la cara—. Pero hice algo que no tenía que hacer.
- —Robaste —exclamó Lewis como un crío al que le están contando una historia fantástica.

Axel levantó la mirada de golpe y le clavó profundamente sus ojos pardos.

—No —sentenció—. Algo peor.

Lewis tragó saliva y sintió cómo se le helaba la sangre. Las preguntas explotaban como palomitas en su cerebro, pero el halo de misterio que estaba cubriendo la historia de aquel chico le hizo ponerse alerta.

—Desactivé el ABS de mi nave —confesó soltándolo como si fuese un suspiro. Como si hubiese desatado el nudo que llevaba tiempo formado en su estómago.

Lewis se relajó un poco y se recostó en el asiento cerca de la cama. No comentó nada. Era cierto que la sentencia por desactivar tu ABS era mucho mayor que la de la mayoría de delitos de robo, pero saber que no tenía a un asesino durmiendo en su cama le hizo suspirar aliviado.

- —Estaba cansado de estar localizado todo el rato, ¿sabes? De ir para acá o por allá sabiendo que alguien en el edificio Amber conoce las coordenadas exactas de dónde estoy en todo el maldito momento —explicó a modo de excusa mientras alternaba miradas entre el suelo y su cara, algo inquieto. Era la primera vez que Lewis le veía actuar impulsivamente.
- —Corté el ABS que había en la parte trasera de mi nave. No tengo mucha idea de ingeniería espacial, pero lo que sí que sé es detectar cosas que no pertenecen a mi nave y ese ABS fue duro de roer, pero conseguí arrancarlo. No sabría cómo explicarte lo feliz que fui durante los días siguientes. ¿Alguna vez has conducido una nave?

Lewis negó levemente con la cabeza. Axel expresó una ligera decepción en su rostro.

—Puede que no lo entiendas y que te parezca una tontería, pero sentir que no tienes unos ojos pegados a tu espalda te da una sensación de libertad indescriptible —explicó Axel con una sonrisa nostálgica y deslumbrante en su cara—. Nadie se percató durante los días siguientes. Ni repostando energía, ni en los planetas que estuve explorando... Incluso me

crucé en pleno viaje con varias naves de Amber Industries y ninguna pareció darse cuenta. Fue legendario.

- —Pero te detuvieron —dijo Lewis, comprendiendo.
- —Me detuvieron al cuarto día, mientras paraba a comer en un planeta con tres soles muy parecido a este —dijo dejando caer los hombros—. No recuerdo mucho de aquello. Estaba saliendo de comer en una taberna y la gente comenzó a mirarme. Dos corpulentos conductores de Amber me agarraron por los hombros. Intenté zafarme, pero solo conseguí que me golpeasen.

Axel apretaba sus puños muy nervioso. A Lewis aquel comentario le había atravesado el pecho. Sabía lo que se sentía. Lo había sentido tiempo atrás. Por eso el resto de la historia de Axel se le hizo difícil de escuchar.

—Primero en el estómago... —continuó narrando Axel apesadumbrado—. Ese hizo que doblase la cintura y me dejó sin respiración durante varios segundos. Cuando recobré el aliento, intenté golpearle en la cara, pero uno de los tipos se enredó en mí como si fuese una serpiente y me inmovilizó completamente. Lo único que pude hacer fue arañarle la cara y... morderle.

Aquello pilló por sorpresa al muchacho.

—¿Le mordiste a un empleado de Amber Industries? —preguntó Lewis incrédulo.

Axel asintió con la cabeza con una sonrisa triste.

—Y el tío no se inmutó —explicó—. Apreté la mandíbula con toda mi fuerza. Estoy seguro de que le hice sangrar. Pero no se inmutó. Lo único que hizo fue aprisionarme más y más dejándome sin respiración. Cuando pensé que iba a ahogarme, me soltó. No tuve tiempo de recuperar el aliento. Me dio un empujón y me tiró al suelo de golpe.

Axel se detuvo, pensativo.

La expresión de su cara expresaba algo de ira, pero sus ojos mientras miraba hacia abajo estaban llenos de auténtica angustia. Cuando Lewis lo observó se estremeció sin saber por qué.

—En el suelo comenzaron los golpes de verdad. El otro se unió a la fiesta y ambos comenzaron a darme patadas mientras yo me retorcía de dolor. Estoy acostumbrado a meterme en líos, ¿sabes? Estas situaciones siempre suelen ser mucho más cortas de cómo las percibes, pero a mí me pareció una eternidad.

Axel guardó un silencio tan prolongado que casi pareció que había interrumpido la narración, pero carraspeó y continuó con su historia.

—Se cebaron. Golpe tras golpe, patada tras patada. Hubo un momento en el que dejé de defenderme, simplemente intenté soportar el dolor y esperar a que acabase. Pero cuando terminaron de pegarme, llegó lo peor...

Se le quebró la voz. Tenía el puño apretado con tanta fuerza que la mano le temblaba significativamente. Se mordía el labio inferior, preso de la ira. Aquellos recuerdos llevaban atormentándole la cabeza durante muchos días, pero aún no los había pronunciado en voz alta. Al escuchar sus propias palabras, recordaba que había sido real, que le había pasado.

Lewis quería explicarle que había vivido algo parecido con un idiota de su planeta. Quería contarle que entendía perfectamente lo que sentía, pero no encontraba las palabras y, de haberlo hecho, tampoco habría podido pronunciarlas. Antes de que pudiese hacer ademán de decirlo, Axel había vuelto a hablar.

—Uno de los tipos me agarró del cuello —dijo con un tono sombrío en la voz—. Más bien me sostuvo agarrándome por el colgante de plata que tenía amarrado en el cuello. Me mantuvo sostenido en el aire durante varios minutos. Y no dijo nada. Absolutamente nada. Solo miraba mi rostro ensangrentado, con la mirada completamente vacía y sin expresión alguna, como estudiándome.

Axel cerró los ojos, casi abatido.

- —Si prefieres no continuar... —comenzó a decir Lewis, pero Axel le interrumpió con un gesto. Abrió los ojos y trató de borrar de ellos todo rastro de dolor.
- —El collar... —continuó Axel—. Se rompió y caí golpeándome la espalda contra el suelo. Después de eso no recuerdo nada.

Después de algunos segundos de silencio, Axel se repuso y consiguió apartar en menos de lo que dura un pestañeo todo el dolor. Continuó con la historia.

—Desperté en un cubículo bastante estrecho, malherido y con una punzada de dolor intensa en el costado. Tardé bastante en recordar lo que había pasado y, cuando lo hice, comprendí que estaba metido en una de las celdas de Amber Industries. Yo había oído hablar de ellas, pero eran mucho más claustrofóbicas de como me las habían descrito. Aquel cubículo estaba formado de cuatro paredes cubiertas por placas plateadas. Podías verte reflejado en ellas, pero bastante distorsionado. Así fue como vi las heridas de mi cuerpo por primera vez y tengo que admitir que me asusté. Las paredes eran idénticas, pero cada una tenía una peculiaridad. En la de la izquierda había un pequeño retrete, en la de enfrente se encontraba la cama, en la parte superior de la pared derecha había una pequeña ventana por la que podía verse la sala de fuera y en la última pared se abría una puerta. Este detalle no lo supe hasta varias horas más tarde, porque la puerta estaba tan incrustada y camuflada en la pared que no se veía a simple vista. Era claustrofóbico. No te miento si te digo que aquellos días lo pasé realmente mal. Admito que la tremenda paliza que me dieron fue horrible, perder el colgante de plata también, pero estar encerrado ahí fue mucho peor. Las imágenes del accidente no paraban de repetirse una vez tras otra. La única compañía que tuve durante aquellos primeros días fue la del empleado de Amber que me traía la comida. Esas breves visitas me daban alguna noción del tiempo, pero al no poder apuntar los días, nunca supe cuánto tiempo estuve ahí metido. Calculo que fueron... ¿unos doce? Ni siquiera ahora lo tengo claro...

Axel se incorporó y Lewis reaccionó casi al instante.

-¿Qué haces? - preguntó, agarrándole del hombro.

Axel le apartó el brazo con delicadeza y emitió un ligero quejido al levantarse de la cama.

—Agrupa todas las herramientas que tengas por aquí y súbelas a esa carretilla —dijo mientras se ponía la camiseta—. Voy a arreglar la nave.

Lewis le observaba con los ojos bien abiertos.

- —¿Pero qué dices? —dijo Lewis entre sorprendido y desconcertado—. Estás herido.
- —Como te acabo de contar, he estado peor en otros momentos. Y no me puedo quedar sentado —dijo el muchacho decidido y, acto seguido, comenzó a caminar hacia la puerta.
 - —Pero... —pudo decir antes de que el chico le interrumpiese.
- —La única forma de que continúe contando la historia es que estemos haciendo algo útil mientras tanto —afirmó con un ligero tono de reproche en su voz que rápidamente eliminó con una palmada de emoción y una sonrisa enorme—. ¡Vamos a arreglar la nave!

Y en pocos minutos andaban camino abajo hasta el sitio donde se había estrellado la nave de Axel. Lewis arrastraba con dificultad una carretilla que rebosaba cachivaches y herramientas de todo tipo. Había arrasado con todo su taller.

—¿Por dónde iba? —comenzó a relatar mientras caminaban—. Ah, sí. Estaba a punto de volverme loco. Estaba a punto de perder la cordura cuando oí una voz, fuera de mi celda. Parecía un anciano y por lo que decía debían de estar encarcelándole como a mí. No fui consciente de que había celdas contiguas a la mía hasta ese momento. Rápidamente visualicé un mapa mental de aquella sala. Era un cubículo de cuatro celdas pegadas en una misma sala. Podía parecer irrelevante, pero yo lo recibí como un regalo. Si había podido oírle con tanta claridad era porque las celdas no estaban insonorizadas.

Axel suspiró.

—Yo siempre me he considerado un tipo muy independiente, ¿sabes? Me gusta estar solo muchas veces pero te admito que, en aquel momento, si había algo que anhelaba más que montar en mi nave, era compañía. Tener a alguien con quien hablar era el único remedio para no ahogarme en aquellas cuatro odiosas paredes metálicas. Esperé a que los empleados se

marchasen y dejé pasar un minuto. Dos. Incluso tres. Pero no aguanté mucho más.

—¿Hola? —dije lo suficientemente fuerte como para que pudiese oírme.

Mi voz sonó pastosa y mucho más grave de como la recordaba. Llevaba bastante tiempo sin hablar tan fuerte. Reinó el silencio durante un largo rato.

—Hola —contestó la anciana voz al otro lado de la pared.

Así fue como conocí a Bopp.

Bopp era ya un anciano, pero si me preguntasen, diría que es la persona con el espíritu más joven que he conocido nunca. Bueno... conocido, ya me entiendes, siempre que a hablar con alguien tras una pared pudiese llamárse-le conocer. Compartí con Bopp varios días y larguísimas charlas profundas. Me contó cómo había sido su vida, sus romances y sus batallitas de todo tipo.

—Espero que algún día te enamores, chico —me dijo una vez—. Y que te duela muchísimo.

Yo le pregunté confuso que a qué se refería y lo que me contestó se me clavó en la cabeza para siempre.

—Porque de no hacerlo, no sabrás valorar el amor cuando llegue de verdad. Yo estaré hecho un vejestorio, muchacho, pero he vivido muchas cosas. He visto sitios que ni te imaginarías, he amado con todas mis fuerzas, he hecho mío todo momento que esta vida podría darme e, incluso con todos los huesos rotos, puedo prometerte que he aprovechado cada instante. Lo he vivido como si fuese el último.

Aquellas frases me dejaron pensando durante días y... creo que nunca podré comprender esa conversación del todo, ¿sabes? Bueno, quizá cuando tenga su edad... Pero lo cierto es que lo grabé a fuego en mi cerebro.

Escuché miles de historias suyas o inventadas y nunca me aburrí. Tampoco tenía opción. El tío me hacía reír a carcajadas. Me contó todo sobre su vida. Todo menos el motivo por el que le encerraron ahí. Eso siempre se lo reservó para sí mismo y yo tampoco quise preguntar. También me contó que estaba muy enfermo. Casi no le hizo falta hacerlo. Tosía bastante a menudo. A veces tenía rachas de tos muy violenta que le dejaban sin aire. A mí me preocupaba bastante y me sentía impotente cuando le sucedía. Pero siempre lo superaba y hacía algún chiste sobre lo fastidiado que estaba.

Bopp me salvó.

De no ser por él no sé qué habría pasado conmigo. De no ser por él... y por Jane.

Dejaron a Jane días después que a Bopp en la celda que daba con mi pared izquierda. Al principio se mostró callada y reservada.

No la juzgo. El primer día que yo mismo estuve ahí metido quería desaparecer.

Sin embargo, cuando vio el rollo que nos traíamos el viejo Bopp y yo, comenzó a abrirse. En cuatro comidas ya casi no recordábamos cómo era estar sin ella en aquella cárcel. Al igual que Bopp, por su forma de ser y su tono de voz, no parecía agresiva y, desde luego, para nada una criminal. Sin embargo, nos contó varias historias divertidas sobre cómo había vagado de un confín a otro de la galaxia. Tenía solo un año más que yo. Deambulaba por el espacio sin tener un rumbo fijo desde los doce. Había contado varias veces como algo anecdótico que se había marchado de su planeta, pero nunca profundizó en el porqué. Yo tampoco pregunté. Al fin y al cabo, y aunque ellos fueron un desahogo increíble, cuando hablaba de mi padre, había cosas que yo prefería no contar. Como lo del colgante. Y entendía que ellos tampoco me lo contasen todo.

Era como una especie de pacto no escrito: mejor no preguntar. Aunque no me lo contaron, intuí que a ninguno le habían dado una paliza como a mí al capturarles. Seguramente tampoco se habrían resistido tanto como yo lo hice.

Jane nos contó que la habían detenido en una Arca Espacial clandestina sin ABS mientras dormía. Se había despertado aquí a la mañana siguiente. No sabía qué había pasado con los otros pasajeros del Arca, pero «tampoco le importaban mucho», dijo con estas palabras textuales.

Era ya mediodía cuando Axel y Lewis llegaron al cráter en el que se encontraba su nave. A la luz del día, parecía mucho menos impresionante de lo que Lewis había percibido de noche. Axel ni siquiera se fijó en eso, estaba demasiado pendiente de su nave. Era como ver a un dueño reencontrarse con su mascota y, en ese momento, al ver la expresión del muchacho, Lewis comprendió que entre Axel y su nave había un vínculo muy especial.

No comentó nada de lo raro de aquella situación, pero tampoco le juzgó. Simplemente se mantuvo en silencio mientras observaba el espectáculo y no pudo evitar sonreír.

- —Creo que es el condensador —intuyó Axel manteniendo aún la sonrisa que le producía ver su nave de nuevo—. El condensador es lo que hace que la nave pueda despegar y...
- —Sé lo que es el condensador —le interrumpió Lewis poniéndose serio y rebuscando entre los cacharros de su carretilla. Sacó dos inyectores y varias tomas de corriente portátil.

Axel no lo dijo, pero quedó impresionado.

—Si tuviésemos una nave para poder remolcarlo no habría problema, pero...

El muchacho oteó el horizonte y observó la gigantesca explanada árida que le rodeaba. Era una superficie lisa de tierra, solo resquebrajada por

el cráter que la nave había hecho. El rostro de Lewis confirmó sus sospechas.

—No hay más naves por aquí dispuestas a remolcarla —afirmó—. Pero, ¿sabes? Hoy es tu día de suerte.

Axel levantó las cejas, sorprendido.

—Antes has dicho que no tenías ni idea de ingeniería —comenzó Lewis colocándose las gafas—. Así que mejor que sea yo el que opere a tu *rayito*.

* * *

—Por primera vez comenzaba a sentirme algo a gusto en aquella celda —continuó contando Axel mientras Lewis trabajaba—. Seguía siendo claustrofóbica y agonizante, pero la compañía me hacía sentir menos mal. Las heridas de mi cuerpo habían comenzado a curarse y Bopp nos deleitaba con otra de sus historias fantásticas. Sin embargo, en esta, su tono de voz era distinto, envolviéndola con un halo de gravedad que no era muy propio de él. Esta parecía verdaderamente importante.

Y lo era. Vaya si lo era. Fue entonces cuando nos habló por primera vez de la Estrella Parpadeante.

La ilusión desbordó el pecho de Lewis y dejó de hacer lo que estaba haciendo. La Estrella Parpadeante era lo último que había dicho Axel antes de desmayarse y era el verdadero motivo por el que escuchaba con tantísimo interés aquella historia.

—La única capaz de cumplir deseos —dijo Lewis, de pronto, parafraseándole.

Axel levantó la vista despertando de su ensoñación y negó con la cabeza.

—La única capaz de cumplir un deseo —corrigió e hizo hincapié en la palabra «un»—. Y sí. Sé que parece un cuento de hadas. De hecho, te acabo de contar que Bopp narraba muchísimas historias fantásticas. Una vez nos contó una de una muchacha que era capaz de convertirse en fuego, otra de un joven que escalaba edificios con sus pies. Yo también pensé que era un delirio suyo, quizá provocado por su enfermedad. No terminé de creerle hasta que posé mi mano en el Trozo de Estrella.

Fui estúpido. Si hubiese prestado la suficiente atención cuando nos la contaba... Debí darme cuenta en ese momento de que esa historia era distinta. Pero no lo hice.

Estaba haciendo el quinto repaso del día a mis cicatrices y moretones, ya casi curados, mientras nos la contaba, no le di la importancia que se merecía. No obstante, retuve bastante información. Más de la que ya sabía, quiero decir.

La Estrella Parpadeante, la de todas aquellas historias que nos cuentan de pequeños... existe. Vaya si existe. Una noche, en la que el cielo está despejado y no hay luna (o lunas) que puedan eclipsarla, si observas el cielo verás un centenar de estrellas. Qué digo un centenar, miles, millones de estrellas. Pero una de ellas, la que está junto a la constelación de Sagitario, brilla con una fuerza especial. Brilla centelleante y parpadea. A veces solo una milésima de segundo casi inapreciable, a veces se tira segundos apagada pero, en el instante en el que piensas que se ha marchado del todo y que no volverá a aparecer, entonces lo hace y brilla con la misma intensidad de siempre. La leyenda popular que se cuenta de punta a punta de la galaxia narra que puedes pedirle un deseo. Uno pequeño, para que te dé suerte en un día importante. Solo basta con mirarla desde lejos, ver cómo desaparece, cerrar los ojos y volver a abrirlos una vez formulado el deseo. Si vuelves a abrirlos y ha vuelto a brillar, es que es muy posible que tu deseo se cumpla.

- —¿Habías oído hablar de ella? —preguntó Axel.
- —Sí. En Acroya se dice que solo puedes pedirle un deseo cuando es una noche sin lunas. Pasa... unas ocho noches al año —explicó Lewis antes de reparar en un detalle—. Hoy es una de esas noches.
- —Curioso —dijo Axel sonriendo pensativo. Había recuperado el tono de piel ligeramente cetrino que tenía—. De todas formas, no deja de ser una leyenda popular. Y para Bopp también lo era hasta que la leyenda se materializó ante sus ojos. Él vivía en un planeta de la región cercana al núcleo interior del Este. Tenía una... ¿granja? Cultivaba, eso sí lo recuerdo. Una noche un meteorito cayó en pleno terreno de cultivo y dejó un cráter significativo.
- —Me suena de algo —dijo Lewis con tono burlón mientras desatornillaba una de las placas del motor de la nave.

Axel soltó una leve carcajada y continuó.

—Recuerdo perfectamente a Bopp quejándose de lo mucho que le iba a costar replantar todo. Él lo contaba de una forma demasiado divertida; yo no puedo hacerlo mejor.

Salió a investigar y cuando se acercó al cráter, su malhumor se esfumó de golpe. Tuvo que taparse los ojos por la luz que desprendía lo-que-fuera-que-hubiese en ese cráter. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz y aquello dejó de brillar, comprendió de qué se trataba. No daba crédito. Era una estrella. En miniatura, chiquitita, cabía en las palmas de sus manos. Y era preciosa y brillante. Tenía ocho puntas resplandecientes. Entendí completamente lo que sintió en ese instante cuando la vi con mis propios ojos. Y puedo asegurarte que abrumaba.

Bopp pasó varios días investigando de qué material estaba hecha. Y los días se convirtieron en meses y los meses se convirtieron en años. Nos dijo

que acabó transformando su casa en un auténtico salón de investigación. Al principio solo le dedicaba varias horas al día, pero pronto terminó explorando bibliotecas de planeta en planeta. Recabó muchísima información. Él nos contó infinidad de cosas. Las pocas que recuerdo también creo que son las más importantes.

Había una historia. La de la primera persona que había decidido viajar a la propia Estrella Parpadeante para cumplir sus deseos. Era un muchacho bastante joven. Después de un millar de desventuras, había conseguido llegar y, como premio, la Estrella le había concedido su deseo más preciado: ganarle la partida al propio tiempo.

No detenerlo, avanzar o retroceder, no. Nada de eso. Pidió no envejecer nunca. Ser un muchacho para siempre, permanecer siempre con la misma edad y, por tanto, no morir jamás. La Estrella le entregó aquel don tal y como él lo había pedido. Agradecido y embelesado por el despliegue de poder de aquella estrella, el muchacho se enamoró de ella. Y decidió permanecer a su lado por el resto de la eternidad.

Así fue como se convirtió en el Vigía. Se dice que nunca se separa de ella, se calienta con su calor y la intenta conquistar para que le conceda más deseos. Pero ella solo concede uno cada cierto tiempo. Y el Vigía ya ha gastado el suyo. Sin embargo, él no cesa en su empeño de que la estrella rompa las reglas.

Lewis aclaró su garganta. En ese momento, Axel observó por primera vez el gesto de incredulidad del muchacho.

—Es difícil de creer, soy consciente... —aclaró Axel—... pero ahora viene la parte que sí es demostrable. La Estrella lanza señales cada cierto tiempo, ¿sabes? Señales que son solo para los elegidos. A lo largo de los años, a lo largo de los milenios, incluso. Manda señales a unos pocos que osen atravesar la galaxia para pedir su deseo. El que quieras, no importa lo complicado que pueda parecer. Ella puede conceder cualquier deseo. Y una de esas señales fue la que encontró Bopp en el cráter de su terreno de cultivo.

—¡Era una brújula! —exclamó Bopp—. ¡Diantres! ¡Una brújula! Tendríais que haberme visto la cara cuando lo descubrí en aquellos libros de texto. La describían a la perfección. Comencé a comprender su parpadeo intermitente y también cuando se elevaba por sí sola y marcaba una dirección con su punta principal. Sin pensármelo dos veces comencé mi viaje, esta vez con un rumbo fijo: la Estrella Parpadeante. ¿Sabéis, chicos? Desde el momento en el que vi ese Trozo de Estrella en un cráter de mi granja lo supe: tenía que poner todo mi empeño en llegar a aquella Estrella costase lo que costase. Llevé esa lección conmigo todo el viaje. Incluso cuando las cosas no

iban del todo bien, cuando me quedé sin nave, cuando me gasté todo mi dinero... y también cuando enfermé. Al principio parecía un simple catarro. A las semanas comprendí que era mucho más grave de lo que parecía. Cuando estaba a punto de llegar a la frontera con el Borde Exterior... decidí volver a casa. No me estaba rindiendo, solo era una tregua. Los meses que había deambulado de un punto al otro de la galaxia me estaban pasando factura y necesitaba poner en orden todos mis pensamientos.

Jane le preguntó algo que no recuerdo del todo. Y Bopp acabó contándonos que nunca volvió a retomar el viaje.

De la segunda pregunta de Jane sí que me acuerdo perfectamente. ¡Como para olvidarla!

—¿Y qué hiciste con el Trozo de Estrella?—preguntó con la voz más curiosa que nos había dedicado nunca—. No la llevas encima, ¿no?

Bopp se quedó en silencio. Tanto que al final pensé que se había ofendido. Al fin y al cabo, ella acababa de romper nuestro pacto no escrito. Pero el anciano finalmente contestó.

—La escondí —dijo simplemente.

El silencio que dejó después de decir aquello fue hasta doloroso.

—La escondí en... —comenzó de nuevo—. No, mejor no.

Estuvo varios segundos murmurando para sí mismo.

—¡Qué demonios! —exclamó de nuevo—. Si voy a morirme en esta maldita celda, ¡qué más da!

Y entonces gimió del propio esfuerzo. Intuí que se había levantado para buscar algo en su calabozo. Tosió varias veces mientras lo hacía y le oí sentarse de nuevo. Se mantuvo en silencio durante más de diez minutos y a mí se me hicieron eternos. Entonces, oí a Jane reaccionar. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

En segundos todo encajó en mi mente. Una servilleta comenzó a asomarse por el travesaño inferior de la pared izquierda de mi celda.

Yo la cogí muerto de curiosidad e inmediatamente leí lo que ponía en su interior. En ella, con letras de un color rojizo casi negro estaba escrito:

1P-Halley, tronco ocho, ocho pasos. Axel, trágate el papel.

—¿Que te comieses el papel? —dijo Lewis de pronto al borde de la carcajada. Tenía la cara con varios manchurrones de grasa del motor—. ¿En serio te comiste el papel?

Axel suspiró divertidamente y asintió.

—Así es. Me comí el papel —admitió el chico—. Era la única forma de destruirlo de forma permanente.

Estuvimos hablando un rato más sobre la Estrella, pero pronto se acabó el tema de conversación. El resto del día Bopp se mostró más serio de lo normal. Tengo la teoría de que se arrepintió un poco de habernos dicho dónde la había escondido porque, en cierto modo, era una forma de rendirse definitivamente.

Sin embargo, al día siguiente volvió con su humor de siempre. Seguimos compartiendo historias de todo tipo, pero nunca le volvimos a oír a hablar de la Estrella Parpadeante.

Nunca... excepto cuando se lo llevaron.

El día que se llevaron a Bopp en nuestra cárcel había una visita muy importante: el hijo de Henry Amber se iba a presentar ahí en carne y hueso. Nunca nos quedó muy claro para qué concretamente, pero supimos que venía porque oíamos a los guardias de Amber cuchichear mientras nos traían la comida.

Yo sabía bastante poco sobre el hijo de Henry Amber, la verdad. Sabía que tenía uno y ya. No tenía ni idea de cuál era su rol en la compañía, ni cuáles eran sus planes, pero al ser el heredero principal del imperio de su padre, suponía que era alguien verdaderamente importante.

Para nosotros aquella visita no implicaba nada nuevo. Tampoco me importaba mucho, la verdad. Yo solo comenzaba a tener unas ganas insaciables de coger mi nave y dejar secos de energía varios cuásares. El día transcurrió con auténtica normalidad. Estaba a punto de acostarme cuando oí a alguien irrumpir en la sala.

Con el tiempo había comenzado a apreciar los sonidos con facilidad. Podía saber cuántas personas venían a traernos el desayuno solo al oírlos entrar. En esa ocasión eran cinco personas. Jamás había escuchado tantas.

Abrieron con brusquedad la celda contigua a la mía. Bopp exhaló un grito ahogado.

Y después comenzó una sucesión de voces que se pisaban a la vez. Distinguí la voz quejosa de Bopp y sus gritos. También una voz joven. Y lo demás, era caos.

—¡¿Qué ocurre?! —exclamó Jane.

Yo no supe qué decir. Me quedé completamente paralizado mientras se llevaban a Bopp.

Le oí lamentarse, toser bruscamente mientras, y supuse que los hombres de Amber le arrastraban hacia la puerta. Era curioso. Nos había dicho que quería salir de ahí tantas veces. Todos queríamos hacerlo. Pero que fuese de ese modo solo podía augurar algo horrible. Le oí gritar desesperadamente durante minutos, sollozar cosas inconexas que no lograba descifrar. Pero, entre toda la confusión de gritos intercalados, escuché algo alto y claro.

—¡Id a por ella! —gritó—. ¡Encontradla antes que ellos! Esas fueron las últimas palabras que escuché pronunciar a Bopp. Me invadió una impotencia inconmensurable. Me subí a la cama e intenté ver y llamar la atención de los guardias por la ventana superior.

Pero fue inútil.

La celda de Bopp estaba orientada hacia el lado contrario y ni siquiera pude llegar a verlo.

Aquella noche escuché a Jane llorar hasta que me quedé dormido.

Me despertó el sonido de la puerta principal abriéndose. El sueño y el cansancio son engañosos, pero estoy seguro de que no habían pasado más de cuatro horas. Oí de nuevo a alguien entrar.

Venían a por nosotros.

El corazón se me aceleró de golpe y me vino a la boca un sabor metálico, parecido al de la sangre que había notado en la paliza de aquellos guardias de Amber. Sin embargo, no tenía miedo. Mi cuerpo comenzó a segregar adrenalina. Era el instinto de supervivencia.

Oí caminar a alguien hacia la celda de Bopp. Estuvo ahí varios minutos. Durante un rato me llegué a creer que solo había ido para inspeccionar su celda

Pero no.

Aquella persona comenzó a andar, bordeando la celda del viejo Bopp. Supuse que caminaba junto a la celda que daba a la pared de mi cama y en la que no había nadie. Continuó caminando y escuché sus pasos a través de mi pared derecha.

Se detuvo en mi puerta. Mi corazón bombeaba con fuerza y sentía que toda la sangre se acumulaba en mi cara. Mi rostro distorsionado en la pared era grotesco a la par que intimidante.

La puerta se abrió bruscamente.

Me tranquilizó bastante ver tras ella a un chaval de más o menos mi edad, dos años más a lo sumo. Llevaba un traje negro y bastante elegante que desentonaba con la bolsa que sujetaba con su mano derecha. Amarrada a su cuello, llevaba una corbata de color azulado. O morado. No logro recordarlo del todo. De lo que sí que me acuerdo es que tenía el pelo del color más cobrizo que había visto nunca y sus ojos eran más negros que la Nada. No tenía un semblante agresivo, pero la expresión seria de su cara intimidaba un poco. No lo suficiente como para amedrentarme, pero sí lo bastante como para andarme con precaución. Antes de que pudiese asumir lo que estaba ocurriendo, el chaval habló:

—Oídme bien, alto y claro —dijo, y hablaba lo suficientemente fuerte como para que Jane pudiese escucharle también. Se trataba de aquella voz juvenil que había logrado distinguir cuando se habían llevado a Bopp.

Me quedé sin habla. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, ni tampoco entendía quién narices era aquel chaval. El muchacho debió de leerme la mente por mi expresión y decidió presentarse.

—Soy Nathan Amber —sentenció. Noté cómo una pieza en mi cabeza completaba una parte de todo aquel rompecabezas—. Y vengo a proponeros un trato

Lewis estaba estupefacto.

—¿Nathan Amber? —preguntó con incredulidad—. ¿Un Amber proponiéndoos un trato? Tienes que estar de broma.

Axel suspiró.

—Como lo oyes. En primera persona, en mi humilde morada —dijo algo presuntuoso.

Lewis sonrió.

- -Bueno, ¿y cuál era el trato?
- —Al principio me mostré algo reacio, pero cuando vi que dejaba la puerta abierta para que pudiese salir comprendí dos cosas: la primera era que esto iba bastante en serio y la segunda era que, por alguna razón, sentía que estaba incumpliendo las leyes.

Pero no me importó.

Crucé el umbral de la puerta y amplié mi horizonte observando el espacio en el que estábamos metidos. Mis cálculos no eran erróneos. Eran cuatro celdas unidas en un cubículo. La contigua a la mía al norte estaba completamente vacía y la de mi izquierda era la de Jane.

Nathan se aproximó a la celda de la muchacha, dándome completamente la espalda.

No te mentiré. El instinto de supervivencia seguía ahí y se me ocurrieron varias formas de abordar al muchacho para dejarle inconsciente, pero antes de que pudiese tomar alguna decisión, volvió a adivinar lo que estaba pensando.

—No creas que voy a ser tan estúpido como para darte la espalda en un descuido —dijo con cierto despotismo—. Me subestimas si piensas que no soy capaz de dejarte inconsciente aun dándote la espalda pero, aun así, si tuvieses un golpe de suerte y consiguieses derribarme... dime, ¿cómo saldrías de aquí?, ¿quién crees que te dejaría vivo al ver que has atacado al hijo de Henry Amber? Venga ya...

Acto seguido, escribió un largo código en el teclado táctil de la pared y la puerta se abrió de golpe. Me quedé perplejo.

—Ahora mismo pendéis de un hilo —dijo—. Y ese hilo soy yo.

No tuve tiempo de replicar, ni siquiera de llegar a asumir sus palabras. En lo que duró un pestañeo, Jane salió de su celda con prisa.

Tengo que admitir que al principio fue extraño. Cuando la vi, me sorprendió muchísimo. Abrí los ojos intensamente y ella hizo lo mismo al verme. Tenía el pelo largo y rubio. Llevaba una coleta que comenzaba en la parte alta de su cabeza y dos mechones traviesos caían en cascada a cada uno de los lados de su cara hasta llegar a su pecho. Su tez era bastante pálida y tenía los ojos de un azul tan claro que casi parecía gris.

Si te soy sincero, no me la imaginaba así para nada. Ni mejor ni peor, simplemente de otra forma. Pero, sin lugar a dudas, lo que terminó de fascinarme fue cuando la oí hablar.

—Hola, Axel —dijo delicadamente con una expresión sonriente.

Escucharla hablar sin tener una pared de por medio fue extrañísimo. Al principio sentí como si a ese cuerpo no le correspondiese aquella voz, pero la expresión de su cara era justo tal y como me la había imaginado durante todos aquellos días.

Era ella.

—Hola, Jane —dije devolviéndole la sonrisa.